

# GRANDEZA Y MISERIA HUMANAS

*Mario Chaves Chaves*



**S**e ha dicho que el hombre es capaz de las mayores virtudes como de los peores defectos, y, al respecto, es importante hacer un alto para meditar en torno a las

cotidianas acciones humanas. Es siempre saludable llamar a cuentas a la conciencia y evaluar hasta donde nuestra conducta ha sido meritoria y digna.

La miseria humana se

manifiesta el momento en que se desconocen los valores éticos y el hombre se convierte en fácil presa de sus instintos. A su vez, la grandeza surge cuando se despoja de prejuicios y mira a sus semejantes con

amistad, con seguridad y hasta con benevolencia.

Esto me hace recordar que hace casi dos mil años, allá por los senderos de Galilea, Jesús el nazareno en su maravilloso peregrinaje de enseñanza humanística, expresaba en tono elocuente y profundo que el hombre mira asombrado la paja en ojo ajeno, pero no la viga que obscurece el suyo propio.

Han pasado los tiempos y la situación no ha cambiado prácticamente nada: el ser racional es cada vez más proclive al insulto y a la diatriba mordaz, a la incuria e inquina irreflexiva. Se escandaliza y encoleriza fácilmente con quien no piensa igual; hace constantes reparos a determinadas normas de comportamiento y cree que solamente sus particulares apreciaciones son correctas. Considera que no puede haber posibilidad alguna de error de su parte y, en cambio, está convencido que quienes yerran son los otros.

La verdad es que únicamente los pobres de espíritu o los marginados de la cultura, acostumbran insistir en demostrar que

sus argumentos son infalibles y que no se puede admitir reparo. Parece en buen romance que es la época de la necedad y la arrogancia, pero porque no se entiende que el hombre sabio y ecuánime, sensato y expedito, serio y responsable, ni se inmuta ni se siente inferior al admitir y acaso promocionar como norma la máxima socrática: "sólo se que nada se".

Cuando el hombre actúa en su vida guiado por tan nobles principios, no cabe duda que resalta la grandeza de la especie, más cuando es incapaz de aceptar que sus puntos de vista no responden a la verdad y se aferra con testarudez a mantenerlo, se identifica con la fatuidad, la obsecuencia y la tontería.

Frente a tamaña necedad, ahora más que nunca se impone como imperativo mantener la vigencia de aquella grandeza espiritual, por sobre la reacción instintiva que es más bien extraña a la naturaleza humana. En el un caso, el hombre es digno de ocupar la más alta cumbre de la escala zoológica; en el segundo, irremediablemente se confunde con la informe

masa de entes irracionales que no saben lo que son, de donde vienen y hacia donde van.

Vale la pena referir aquí el criterio del sesudo escritor ecuatoriano Carlos Bravomalo, cuando considera que el pensamiento por más abstracto que sea, se encuentra unido a la vida. ¿Por qué entonces —dice— este afán permanente de querer separar lo espiritual de las actividades del mundo?

En efecto, la materialización de la vida actual es de tal naturaleza que los valores espirituales son considerados casi estorbo y, en no pocas manifestaciones del cotidiano trajinar, ni siquiera tienen cabida. Claro, para los fines mezquinos e inmorales, definitivamente la ética es una barrera poderosa que muchos tratan de derruirla.

Quizás tal cosa viene de ocurrir debido a la mala interpretación que, por un lado se ha dado al pragmatismo, doctrina filosófica según la cual el hombre antes que un ente de pensamientos es un ser de instintos y apetitos, de necesidades que debe

satisfacer imperiosamente para poder supervivir y, por otro, en consideración a las circunstancias

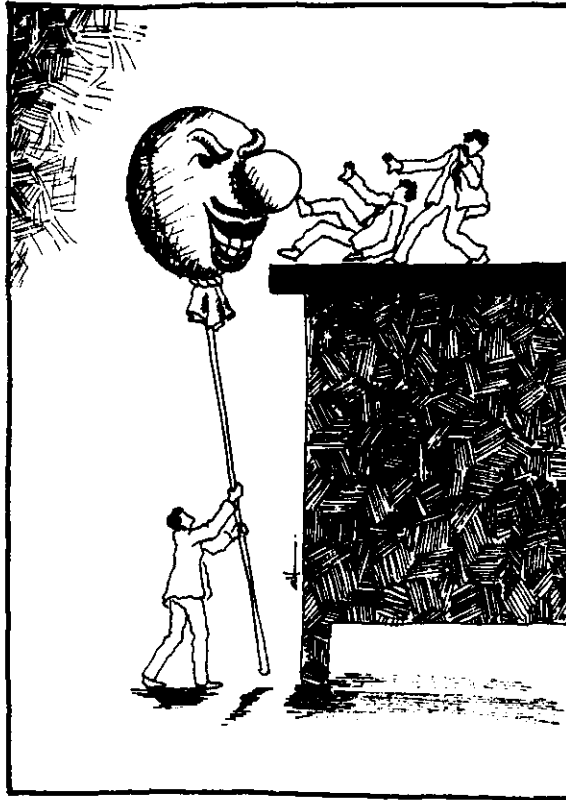
especialmente angustiosas dentro de las cuales existe y que le impiden saber si el día de mañana continuará vivo, si tendrá recursos para alimentarse, si podrá mantener su salud o su trabajo, etc., etc..

De todas maneras, el hecho de que el hombre tenga instintos y apetitos y que deba dar abasto a sus necesidades, en modo alguno significa que ha perdido su espiritualidad y menos aún su inteligencia, que se despoje de sus facultades racionales, que deje de reflexionar, meditar y por ende, crear arte, filosofía o poesía. Es más, la cruda y en veces grotesca realidad que afrontamos diariamente en este nuestro mundo increíblemente despersonalizado, constituye motivo suficiente para alimentar el alma que palpita en nuestro interior y que desde luego nos hace sentir orgullosos de la trascendencia del ser humano.

Es cierto que ahora el hombre y sobre todo los estudiantes, se alejan cada día de los libros de

filosofía, que "no tienen tiempo" para meditar sobre el mensaje de la poesía o del arte y obviamente

realizado. Lo importante al parecer es tener un cheque en el bolsillo aún cuando no se sepa nada de filosofía, de



renuncian a descifrar su fondo humano. Ahora las personas se preocupan ante todo de buscar a cualquier precio y por cualquier medio, la manera más expedita e inmediata para obtener beneficios, poder y dominación. Solamente así cree que habrá de ser feliz, satisfecho y plenamente

artes, de literatura y otras manifestaciones del saber. Si esto es así, también lo es que si bien la filosofía no enseña a hacer pan, enseña a obtener ese pan con esfuerzo, entereza y dignidad.

No es posible concebir al hombre como un animal más ni tampoco como una

fría e inanimada computadora.

Precisamente el espíritu, esa especie de "lam vital" de que hablaba Bergson que es fuente de energía, le convierte en creador e interpretador del mundo y la realidad universal. Gracias a esa fuerza el hombre se diferencia de la bestia y está por encima de cualquier máquina. Por ello hace bien Bravomalo en afirmar que no es un simple espejo que refleja todo lo que le rodea. No es un personaje ficticio participando de un infinito donde no se proyecta su sombra histórica ni son imaginarios los problemas de su drama existencial.

Hace falta pues volver al remanso espiritual, la paz edificante de la poesía y a la serena reflexión de la filosofía porque si con ello no vamos a llenar los estómagos ni habremos de conseguir vivienda o amparo justo de las leyes, al menos podremos sentirnos ampliamente humanos y capaces de afrontar las adversidades del mundo y la sociedad con altivez y decencia, sin arrodillarnos ni humillarnos ante los poderosos, ni tener que acudir a

procedimientos propios de cavernícolas.

Cabe advertir que en estos tiempos en que se pierden los escrúpulos con asombrosa facilidad y se defiende con la misma pasión buenos y malos, a justos e injustos, a honorables y delincuentes, sin percatarse del daño que se irroga a la sociedad con tan inicuos procedimientos, sólo habrá de conseguirse finalmente que todos nos confundamos en el mismo fango. Por ello es edificante desempolvar de vez en cuando libros tan llenos de mensajes profundamente humanos, como por ejemplo "Moral Individual", cuyo autor es el preclaro y consagrado maestro y legislador Alfredo Pérez Guerrero, acaso hoy día olvidado por las generaciones jóvenes que tanto necesitan de una orientadora guía.

Abro al azar aquella hermosa obra y encuentro, entre tantas, las siguientes aleccionadoras frases: "Bajo y vergonzoso defecto el de la cobardía. Propio de esclavos y no de hombres libres. El cobarde se rebaja, humilla y demuestra ignorancia. Nada útil ni bueno hay que esperar de

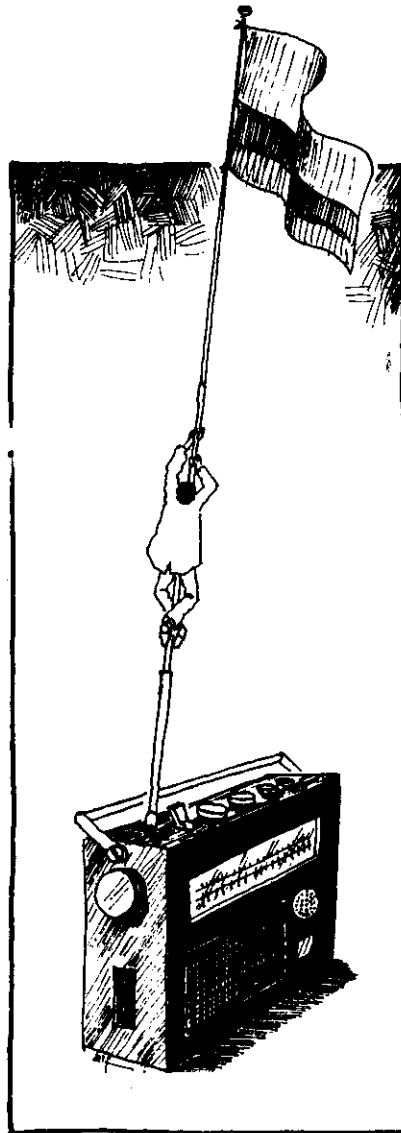
él: por miedo es capaz de vender a sus amigos, de abandonar a sus padres, de sujetarse a todo vejamen e injusticia. Porque así como el valor hace fructificar las simientes del bien y es como la armadura del alma, así la cobardía es suelo fértil en que perecen las mejores virtudes y deja al espíritu desnudo".

Ciertamente, cada vez que se inicia un ciclo lectivo es de esperar que los maestros piensen seriamente en rescatar la vigencia de inveterados principios morales y enaltecer las virtudes espirituales, únicos caminos que conducen a la formación de personalidades robustas, inteligencias claras y sentimientos nobles. Y es que el don más preciado de los educadores para poder enrumbar a la niñez y juventud de nuestros días hacia metas de superación, según confirma Pérez Guerrero, consiste en comprender que "no basta abrigar a ellos las normas de la moral y tributarles respeto. Muchos malvados creen en la virtud y practican el vicio. Lo que nos da el carácter de buenos no es el convencimiento de

lo que debemos hacer, sino la obra misma. Eduquemos nuestra voluntad en el sentido de valor y la energía, que son la base segura del respeto a los demás y el triunfo de nuestros ideales”.

Palabras grandes que deberían ser guía en las acciones cotidianas de los estudiantes. Conceptos que tienen que ser captados en su real dimensión para frenar la escalada de la mediocridad y el imperio de la anarquía. Ideas formadoras de sobrias personalidades dispuestas al servicio de la comunidad, antes que prestas a satisfacer vanidades ególatras o glorias pasajeras.

De modo que si queremos que la especie perdure y se perfeccione, si queremos una patria respetada en el concierto mundial, es necesario volver a la instrucción de la moral y cívica en los diferentes centros de enseñanza a la práctica y acatamiento sincero de las normas que predicán, entre otras, el respeto al derecho ajeno; que nos enseñan a ser humildes y magnánimos en el triunfo, serenos y ponderados en la derrota,



honestos en el ejercicio de nuestros deberes y prudentes en la crítica a

padres de familia y autoridades, en reflexionar seriamente alrededor de

quienes no comparten nuestras opiniones.

“La Moral Individual educa la inteligencia para la sinceridad, el sentimiento para la delicadeza y el altruismo, la voluntad para el carácter. Tiende a extirpar del corazón las simientes dañinas de la mentira, inconstancia y crueldad, para formar hombres serenos, disciplinados y aptos para la lucha de la existencia”, anota el comentado maestro.

Bien haríamos entonces tanto maestros como estudiantes,

tales sugerencias. Hay que tomar en cuenta que las circunstancias extremadamente materiales que rodean al mundo actual, exigen como en ninguna otra época que, rectificando errores o precipitaciones de la "despreocupada y alegre juventud", volvamos a los adustos pero formadores procedimientos de la Ética y la Cívica que no hace mucho constituyeron cátedra básica en todo el sistema educativo ecuatoriano.

Dentro de este panorama, es evidente además que el hombre se ha tornado cada vez más escéptico y cada vez menos optimista. Lentamente observamos que la fe, la esperanza y la confianza van cediendo el paso a la duda, el temor y la desconfianza. Incluso el lenguaje que hoy se habla ha dejado de ser amable y emotivo: es la palabra dura, el denuesto agresivo o la denuncia triste, las que predominan en la interrelación social. Nadie quiere servir si no es en función de una recompensa y ello no es otra cosa que la expresión de la miseria humana.

Y si quisiéramos averiguar por qué el hombre ha dejado de ser un ente amable, sincero y abierto a la esperanza, vamos a encontrar una diversidad de motivos que se manifiestan en los diferentes campos de las relaciones humanas.

Así por ejemplo, el hombre ha perdido la fe no precisamente en la política, sino en los profesionales o beneficiarios de ella, en tanto en cuanto se presentan como mercaderes y hábiles explotadores de sus semejantes, que no siempre están respaldados en una doctrina ideológica sólida y desconocen la mística de servicio a la sociedad que constituye la naturaleza de la Ciencia de Estado.

Ha perdido la credibilidad no exactamente en las doctrinas económicas, sino en los estudiosos y técnicos de las finanzas, desde el instante en que sus actuaciones resultan del todo ineficaces o insuficientes para, si no solucionar, al menos mitigar, la grave crisis que afrontan la mayoría de pueblos del orbe y que les mantiene sumidos en el

fondo de la pobreza e insatisfacción.

Ha perdido la esperanza en la misma sociedad, al percatarse que en su seno prima una alarmante injusticia: que los poderosos abusan inmisericordemente de los débiles, que no se respeta la honra de las personas ni se reconocen los más elementales derechos humanos, que campea con libertad asombrosa la práctica delictiva y que el terrorismo, el narcotráfico o el abuso del poder engeguece inclusive a personajes de gobierno.

Si todo esto acontece dentro del conglomerado social dentro de los Estados y hasta dentro de la llamada Comunidad Internacional, ¿cómo no va a vivir el hombre permanentemente angustiado y decepcionado? ¿Cómo va a creer en los políticos si su imagen y sus acciones no son precisamente la del servidor pulcro, desinteresado y trabajador? ¿Cómo va a confiar en los especialistas de la Economía si sus permanentes experiencias impactan negativamente en las clases menesterosas?

De manera que no es

porque sí que la gente pierda el optimismo y hasta la alegría de vivir, sino porque las circunstancias de un mundo alienante, peligroso e inseguro obligan a ello. Sin embargo, esa fe y esa expectativa se las puede rescatar. Se requiere un poco de voluntad para modificar el rumbo equivocado y enderezar el timón de los actos humanos: si el político procede con decencia y

resultados beneficiarán a la comunidad sin excepciones y la humanidad será digna de su grandeza.

No se trata de crear ambientes de convulsión ni mucho menos. El pensador español José Ortega y Gasset refería que en los tiempos de la Revolución Francesa una carbonera decía a una marquesa: "Señora, ahora las cosas van a ser al revés, yo iré en silla de manos y usted llevará el carbón". Por lo

rencores, no ha sido superada como es debido.

Desde luego que no se puede imaginar un proceso revolucionario que deje intactas las estructuras sociales. Su razón de ser o, si se quiere, el imperativo histórico que motiva su advenimiento, es precisamente el cambio de esas estructuras que resultan ya arcaicas para la época y obsoletas para el progreso de la nación.

Pero ese cambio no



veracidad, si el financista demuestra que es factible superar la crisis económica que agobia a las mayorías, con seguridad el pueblo sabrá respaldar y apoyar sus acciones; si la sociedad destierra privilegios de toda índole, es evidente que los

visto aquella creencia de que una revolución significa hacer ricos a los pobres y viceversa de convertir a los explotados en explotadores y, en definitiva, de dar vía libre para el desborde de pasiones, venganzas y

implica que ha de llevarse a cabo por medios violentos o peor aún, sangrientos; menos aún pensar que es patrimonio exclusivo de una determinada doctrina política. No consiste en aniquilar a los capitalistas, sino orientarlos para que la

riqueza generada con la participación de los obreros, sea repartida equitativamente y se pueda brindar así a los asociados, iguales oportunidades de superación. La revolución, que ahora algunos prefieren denominarla con cierta modestia, transformación de estructuras, en modo alguno quiere decir igualar a los hombres a un nivel de miseria, sino más bien elevar el índice de vida del pueblo y, si cabe el término conceder a todos cada vez mayores satisfacciones.

Sobre la base de lo expuesto, es fácil darse cuenta que cualquier cambio para que sea efectivo, tiene que llevarse adelante dentro de sistemas democráticos y jamás autocráticos. Revolución y autoritarismo son conceptos absolutamente contradictorios, a pesar de que en determinados lugares se los confunda ciegamente. Nunca gobierno alguno dictatorial ha reconocido la vigencia de derechos humanos o la igualdad de los asociados ante la ley; es la voluntad del Estado o del autócrata

que lo representa la que se impone.

Sin alternativas sociales, políticas o culturales, todo intento de modificar estructuras es vano. Ellas se dan únicamente en regímenes de corte democrático que por su propia esencia, promueven y propician el pluralismo ideológico, la normal dialéctica dentro de la cual se supone tienen lugar las luchas por el poder político. Ello dignifica al hombre, a la sociedad política y a los gobernantes; lo demás lo degrada y corrompe.

En democracia la igualdad de oportunidades pregonada es un hecho y no un simple enunciado; el mismo derecho para elegir o ser elegido funcionario público tienen los ciudadanos afiliados o simpatizantes de partidos de derecha, izquierda o centro. El pueblo es el único juez y, por lo tanto, la voluntad mayoritaria de los electores es la que al final habrá de determinar el camino por el cual tiene que enrumbarse el Estado, así como los parámetros a

los que deberán ajustarse las transformaciones sociales, económicas o políticas que constituyen verdaderos procesos revolucionarios.

Naturalmente que tal categoría histórica es compleja y demanda sacrificios, renunciamentos e imcomprensiones, aparte de altas capacidades y experiencias. No pueden ser, pues, los mediocres y audaces los que posean el coraje, la entereza y sabiduría indispensables para cumplir con los objetivos revolucionarios. Son las mentalidades claras y hasta superiores, los espíritus elevados y equilibrados, las almas nobles y generosas, los temperamentos serenos y creadores, los que configuran la talla del Estadista, que a lo largo del peregrinaje de la historia humana, han conducido a las sociedades por los caminos delicados de la revolución. Está en sus manos el reivindicar la grandeza de la humanidad, así como lo está su miseria en manos de los sátrapas y explotadores.